El veterano Ben-Aquí, cuenta que...

Porque dejaron de ser amigos tres amigos muy buenos amigos

Selección por J. C. Dorca

ERAN tres amigos que eran muy amigos, muy amigos.

Siempre lo habían compartido todo. Hasta lo que les faltaba, que rara vez se comparte, y que es lo único que tiene valor cuando se comparte. Si damos lo que nos sobra, no damos nada aunque demos mucho. Solo cuando damos algo que no tenemos damos algo valioso. No se daban entre sí la mitad de lo que poseían, como otros que pasan por generosos, sino todo lo que poseían. A la boda de uno de ellos, esperada por los otros como un acontecimiento, los otros no pudieron asistir. El novio llevaba la camisa de uno, su única camisa, y los zapatos de otro, sus únicos zapatos. Solo así pudo vestirse de modo conveniente en un día tan señalado.

Mil veces habian hecho cosas parecidas, sacrificaban su propia alegría, para dar una sorpresa a sus dos compañeros. No había para cada uno placer más alto.

Vivían en una aldea rodeada de montañas. Cercanas al norte y al sur, y más lejanas al este y al oeste; habían crecido en ella, y ya eran hombres robustos que se daban a los trabajos del campo, con delicia; aunque el trabajo de la tierra no les nutría (ningún trabajo nutre). Solo disponen de lo necesario y aun de lo superfluo, los que no trabajan.

Aquel año la cosecha había sido mala, y ni disponían de lo que habían dispuesto los otros años, que no habían dispuesto de nada.

Coda uno de los tres amigos se desvivía para acudir en ayuda de los otros dos con lo poco de que disponía, con nada a veces, sino con el calor de su amistad que reanimaba como vino generoso.

Una noche un viejo muy viejo llegó a la aldea. Era uno de esos viejos que aparecen por las aldeas y que nadie sabe quienes son, ni de donde vienen, ni a donde van. Contó mil historias en la casa donde fué acogido, con esa fruición que solo los viejos muy viejos ponen en sus relatos. Todos los habitantes de la aldea fueron a escuchar al viejo que tantas cosas contaba. Era como un teatro. Como un teatro existente. Porque no existe nada en el mundo comparable a unos aldeanos escuchando las historias de un viejo. Había contado con burlas, vidas de reyes y emperatrices. ¡Si hubiérais visto lo que eran en boca de aquel viejo los zares y los guerreros! Había contado, sonriendo vidas de habitantes de las ciudades, corriendo siempre tras no sabiendo qué. Había contado, en tonos que tenían gusto de miel, vidas de hombres que saboreaban los caminos como si fueran frutas: era su propia vida.

Por último anunció, como un gran profeta, grandes desgracias en la comarca. Había oro en las montañas. El lo había descubierto. No tardarían en descubrirlo otros hombres de la comarca, y se cometerían crímenes horrendos.

Uno de los tres amigos, fastidiado de la vida que llevaban, preguntó al viejo, en que montaña había descubierto el oro. El viejo se negó a responder. Quería que fuesen otros que tuvieran sobre su conciencia el peso del descubrimiento. «Ya he cometido una falta —añadió— con hablar de ello. ¡Perdonádmela!»

El de los tres amigos, que había interrogado al viejo, habló, cuando el viejo hubo terminado sus relatos, con los otros dos.